

SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

(Año Par. Ciclo C)

DOMINGO

Lecturas bíblicas

a.- Gen. 15, 5-12.17-18: Las promesas divinas y la alianza.

Es importante recordar que la idea que atraviesa todo el Pentateuco es el tema de la alianza y la promesa. Es lo que da unidad a los hechos que nos han llegado de los patriarcas, el éxodo y la conquista de Canaán. La alianza consiste la promesa con tres aspectos a tener en consideración: la descendencia, la tierra y la bendición. La descendencia era fuerza, poder; la tierra propia, es descanso para su caminar como semi-nómadas; la bendición, finalmente es riqueza y bienestar. Es el paso de lo provisorio a lo definitivo, en lo material encontramos lo eterno y trascendente, actuando y respondiendo las aspiraciones humanas más profundas. Más tarde sus descendientes lo convierten en credo de su fe (cfr. Dt. 26). Es Yahvé quien sacó a Abraham de su tierra, de una vida sin sentido ni propósito. Ahora da pasos que orientan y dan sentido a su existencia, como su descendencia, la formación de un pueblo, y un destino, la tierra prometida. Se celebra un pacto, una alianza, un compromiso, mediante un rito: separa los animales en mitades que pone una enfrente de la otra, y en medio de un sopor, ve pasar una llama de fuego entre las víctimas. El fuego representa a Dios, signo de la teofanía: Yahvé se manifiesta por medio de él. El mismo símbolo, encontraremos en la alianza del Sinaí (cfr. Ex.19, 18). Su paso por en medio de las víctimas, sella el compromiso realizado, la palabra dada, en razón de una auto-imprecación, que me suceda como a estas víctimas, de no cumplir la palabra empeñada (cfr. Jer. 34,18). Abraham lo vivió interiormente, como un compromiso de Yahvé con la promesa. Abraham aparece como el modelo del que cree y confía en Yahvé, que viene a su encuentro. Hoy consideramos más a que los descendientes de Abraham por su sangre, a sus hijos por la fe, actualizando la promesa (cfr. Mt. 3,9; Rm. 9,7-8; Gál. 4, 21-31), y la posesión de la tierra prometida, garantía de la herencia celestial (Mt. 5, 4), es decir, la vida eterna.

b.- Flp. 3, 17- 21; 4, 1: Cristo nos transformará según el modelo de su cuerpo glorioso.

El apóstol, formó a los filipenses en la escuela del evangelio; es su entrenador en la carrera de la vida cristiana, con derecho a entrar en el cielo, derecho adquirido por Jesucristo. Se propone como modelo o maestro; modelo del seguimiento de Cristo y de la

eficacia de la redención, en contraste con el judaísmo y sus seguidores (v.17; cfr.1Cor.2,1; 2Tes. 3, 7-9). A los judaizantes, les llama enemigos de la cruz de Cristo, por defender una teología de la Ley, contra la teología de la Cruz, que predica Pablo (cfr. Gál. 5,11; 1Cor. 1,17-18). Una teología de la Ley, es contraria a una teología de la cruz. La primera supone una manipulación de Dios, encerrado en un código; en la segunda el hombre se encuentra libre de la Ley, con la libertad de los hijos de Dios. Los judaizantes viven para observar las leyes de pureza legal, su dios es el vientre, comidas puras e impuras (cfr. Rm. 16,18). Su gloria es su vergüenza, porque reducen la religión a saber qué comidas son puras y cuáles impuras para evitarlas. Su Dios es en definitiva el vientre. ¡Estos judaizantes aspiran a cosas terrenas! En cambio, el cristiano, mira hacia la patria del cielo, su casa, su morada definitiva, de la cual esperamos al Salvador (cfr.1 Cor.15, 51-53). El que tiene conciencia de su ciudadanía de hijo de Dios, busca, piensa en las cosas del cielo (cfr. Col. 3,1ss), lo que implicará siempre mortificar los deseos contrarios a la fe, como creer que todo termina con esta vida (v.18; cfr. Col. 2,8; 3,3-4). La última recomendación del apóstol es a permanecer fieles a la fe recibida.

c.- Lc. 9, 28-36: Mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió.

El evangelista nos presenta el lugar de la transfiguración y sus testigos (vv.28-31), reacción de los discípulos (vv.32-33), la voz del Padre (vv.34-35), Jesús solo y silencio de lo visto por los discípulos (v.36). La Transfiguración del Señor Jesús en el Monte, abre caminos de luz, y da sentido a su pasión y muerte, preludio de su gloriosa Resurrección. Esta teofanía aclara las tinieblas que hay en la pasión, devela el sentido de un caminar de Jesús y los suyos hacia la muerte, victoria oculta en la Transfiguración. Su camino de muerte es signo de un gran fracaso, pero señala la realidad de su camino. De ahí que cuando sube al monte, para el evangelista, la divinidad está en el cielo y lo más cercano al hombre son los lugares altos. Transfiguración que se identifica con las teofanías del Sinaí con Moisés (cfr. Ex. 19,9; 24,15-18), y la del Horeb con Elías (cfr.1Re. 19,8-18). Una vez en lo alto del Monte, mientras ora al Padre, Dios le colma de su presencia en lo interior, su Rostro se transforma y sus vestidos, se vuelven blancos como la luz (vv. 28-29). Lucas, habla que el Rostro de Jesús se mudó, (cfr. Mt.17, 2; Mc.9, 2), lo que experimenta Jesús es mucho más, el resplandor de sus vestidos, recuerda la luz del relámpago; Jesús experimenta la gloria que tenía desde el principio, gloria de Dios, que se hará presente en su persona con la Resurrección. Entran en escena Moisés y Elías hablando con Jesús, lo que se puede entender que vienen como testigos de la divinidad e identidad gloriosa de Jesús; representan, encarnan la Ley y los profetas, que ahora se expresan por Jesús. Los tres hablan del éxodo de Jesús, su subida a Jerusalén. Su éxodo evoca el paso por el desierto camino de la liberación, pasando antes por la muerte; Jerusalén cumple con su fama de matar a los profetas, pero en Jesús la muerte no tiene la última palabra. Tras la Cruz, viene la Resurrección, y luego la Parusía, porque toda la vida de Jesús es un continuo éxodo. Los apóstoles, cargados de sueño, pero despiertos, contemplaron la gloria de Jesús y de Moisés y Elías (v.32; cfr. Lc.22, 45). Pedro lleno de gozo, ve que los compañeros de Jesús se marchan y quiere detener el tiempo, desde

luego, vive una experiencia cumbre. La solución construir tres tiendas. “No sabía lo que decía” (v.33). El Padre se hace presente entre los hombres en la persona de Jesús, su humanidad, es la gloria, signo sensible de su divinidad. Gloria de su presencia salvadora que alcanzará su plenitud en Jerusalén, en su pasión, muerte y Resurrección, plena manifestación de su divinidad. La presencia del Padre es signos como la nube y la voz (cfr. Ex.13, 22; Lc.1, 36). Pero a la visión de la nube, se agrega, la experiencia de una voz: “Este es mi Hijo, mi Elegido; escuchadle” (v.35; cfr. Lc. 3,22; Sal.2,7; Is.42,1; Dt.18, 18). El evangelista propone que Jesús, es un nuevo Moisés, que trae no una ley sino un nuevo orden social. Si bien estas palabras recuerdan las escuchadas en el Bautismo con la diferencia que las palabras del Padre se dirigen no al Hijo sino a los apóstoles. El carácter cristológico del Bautismo se abre ahora al eclesiológico de este segundo relato. Mientras en el Bautismo el Hijo es amado, aquí es el Elegido, término que sólo usa Lucas (cfr. Is.42,1). Llamarlo, Hijo amado, a Jesús, es confirmar que su filiación divina se realiza, en su mismo destino humano. Es un Hijo que recibe todo el poder de su Padre, por su fidelidad a la voluntad divina (cfr. Sal. 2, 7; Is. 42,1). El Padre nos invita a escucharle, porque le ha conferido todo poder, Jesús ha hecho su voluntad en forma incondicional, de ahí que la vida de los hombres tiene sentido, a partir del seguimiento de Cristo. Mientras los discípulos estaban con Jesús no hablaron a nadie de lo visto del Reino de Dios y de sus misterios (v.36). La gloria del Reino se inicia con la muerte de Jesús, el Salvador comunica la salvación por el camino del sufrimiento, de la Cruz. A este punto los apóstoles, no estaban maduros, para asumir todo el contenido del misterio del Reino de Dios.

Santa Teresa nos enseña a escuchar a Dios en lo íntimo del espíritu, morada de Dios por el Bautismo pero también a contemplarle. “Porque si es imagen, es imagen viva; no hombre muerto, sino Cristo vivo; y da a entender que es hombre y Dios. No como estaba en el sepulcro, sino como salió de él después de resucitado. Y viene a veces con tan grande majestad, que no hay quien pueda dudar, sino que es el mismo Señor, en especial en acabando de comulgar, que ya sabemos que está allí, que nos lo dice la fe. ¡Oh Jesús mío, quién pudiese dar a entender la majestad con que os mostráis! Y cuán Señor de todo el mundo y de los cielos, y de otros mil mundos, y sin cuento mundos y cielos que Vos criaseis, entiende el alma, según con la majestad que os representáis, que no es nada, para ser Vos Señor de ello.” (Libro de la Vida 28, 8).

LUNES

Lecturas bíblicas

a.- Dn. 9, 4-10: La oración de Daniel.

Este pasaje del profeta nos presenta su oración a Yahvé, cuando se termina el tiempo de la ruina de Jerusalén según la palabra del profeta (cfr. Jr. 25,11-12). Esta oración tiene

múltiples referencias de los profetas, oración comunitaria, de tipo cultural, oración litúrgica. Hay una línea de reconocimiento de la culpa y aceptación de las dolorosas circunstancias debida a los pecados. Pero por otra parte, se denuncia la malicia y perversión de los opresores. Toda la oración se divide en tres partes. La primera presenta el pecado del pueblo, su desobediencia a la ley y los profetas; la segunda, es una súplica a la misericordia de Dios para evitar su castigo, consecuencia de su pecado. La tercera es un anhelo por la restauración de Jerusalén, donde Israel, contemplará el Nombre y la gloria de Yahvé. En esta primera parte de la oración se reconoce la culpa de todo Israel y de Judá, pueblo y dirigentes políticos y religiosos: “Nosotros hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos sido malos, no hemos rebelado y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus normas. No hemos escuchado a tus siervos los profetas que en tu nombre hablaban a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres, a todo el pueblo de la tierra” (vv.5-6). En cambio de parte de Yahvé todo es fidelidad: “¡Ah, señor, Dios grande y temible, que guardas la Alianza y el amor a los que te aman y observan tus mandamientos... Al Señor Dios nuestro, la piedad y el perdón, porque nos hemos rebelado contra él” (vv.4.9). Daniel nos invita en esta Cuaresma a reconocer nuestra fragilidad, pecadores, para continuar el camino penitencial hacia la Pascua. En el fondo, esta oración de Daniel refleja la piedad judía, pero también, ser responsable de la culpa personal y social de todas las generaciones, pero confiando en que es propio de Yahvé perdonar y ser misericordioso.

b.- Lc. 6, 36-38: Misericordia y beneficencia.

El texto nos presenta la invitación a ser generosos (v.36); a no juzgar y perdonar (v.37), dar y se nos dará (vv. 38-39). Este evangelio es una serie de sentencias, que el evangelista reúne en esta sección. - “*Sed misericordiosos...*” (v. 36). Misericordioso, es aquel que se deja afectar por la miseria del hombre, abierto, por lo tanto, a la necesidad de su prójimo. Ayuda a quien tiene necesidad. Jesús anuncia que Dios es misericordioso y la llegada del Reino, comienza con el anuncio del Evangelio a los pobres, a los ciegos, a los privados de libertad, a todos los agobiados (cfr. Lc. 4, 16-22). Jesús, es portador de la salvación por medio de la predicación y los milagros que realiza a favor de los enfermos, a quienes les devuelve la salud, a los pecadores les perdona sus pecados, habla de la alegría de Dios Padre, cuando un pecador se convierte. Es el tiempo de gracia y salvación que trae el Mesías. La misericordia del Padre, enseña al discípulo, cómo ha de actuar él. Es lo que los judíos llamaban, imitar a Dios, y es lo que Jesús exige a sus discípulos: vestir al desnudo, visitar a los enfermos... (cfr. Gn. 3, 21; 18,1). El discípulo debe amar al prójimo como a sí mismo y ser misericordioso como su Padre celestial, ya que Él es imagen de Dios. De esta forma, Jesús devuelve al hombre la imagen de Dios (cfr. Gn.1, 26-27), lo convierte en anuncio viviente del Reino de Dios; es Dios Padre que colma de misericordia al pecador perdonando sus pecados. - “*No juzguéis...no condenéis...*” (v. 37). Obra del amor y de la misericordia divina, es que el discípulo no se convierta en juez de sus hermanos. El amor le hace comprender cuanta necesidad tiene todo prójimo, de misericordia, da porque se compadece de la necesidad del hermano. No

juzgar, ni condenar de palabra ni con el pensamiento, cuando no se tiene esa facultad, a nuestro prójimo. Esto es lo que exige Jesús. Se puede enjuiciar la acción, pero no condenar como culpable a nadie, quien se constituye en juez de sus hermanos, origina el juicio de Dios sobre sí mismo. Así como nos comportamos con el prójimo, así actuará Dios con cada uno de nosotros. - *“Perdonad... dad y se os dará...”* (vv. 37-38). La culpa del hermano puede ser un gran obstáculo para el amor, el perdón y la misericordia. Jesús nos enseña, a superar este óbice con el perdón y el dar; perdonar derriba barreras y el dar crea comunión. Perdonar para ser perdonados, dar para recibir: Dios actuará de acuerdo a nuestras actitudes. El juicio está en nuestras manos, perdónanos como nosotros perdonamos a quien nos debe (cfr. Lc. 11, 4). Llegará el día de la recompensa, en que Dios como dueño generoso no paga el salario merecido, sino según su generosidad. Dios Padre, es el mejor pagador, lo que da, es siempre más, que el servicio prestado. El que dé y perdone en su vida con generosidad, recibirá con abundancia el don y el perdón de Dios Padre; quien haga lo contrario, no espere de nada. Toda una llamada de atención a nuestras actitudes básicas, de relación con nuestro Padre Dios y nuestro prójimo.

S. Teresa de Jesús, por medio de la oración nos acercamos a la fuente de la misericordia que es el mismo Jesucristo, el orante, no puede más que imitar a Dios. Teresa de Jesús enseña: “¿En quién, Señor, puede así resplandecer como en mí, que tanto he oscurecido con mis malas obras las grandes mercedes que me comenzasteis a hacer? ¡Ay de mí, Criador mío, que si quiero dar disculpa, ninguna tengo! Ni tiene nadie la culpa sino yo; porque si os pagara algo del amor que me comenzasteis a mostrar, no le pudiera yo emplear en nadie sino en Vos, y con esto se remediaba todo. Pues no le merecí ni tuve tanta ventura, válgame ahora, Señor, vuestra misericordia.” (Libro de la Vida 4,4).

MARTES

Lecturas bíblicas

a.- Is. 1,10.16-20: Aprended a obrar el bien.

Isaías, nos presenta la situación religiosa e histórica de su pueblo y los invita a juzgarla objetivamente. Sodoma y Gomorra son símbolos del pueblo pecador, el profeta no usa el fuego instrumento de castigo, sino la palabra de Dios, que sacude, juzga, recrimina la hipocresía. Se reconocen pecadores, y el culto que brindan a Dios es mera exterioridad, tanto que Yahvé aborrece sus sacrificios (cfr. Is. 1,11-15). La misma palabra de Yahvé es instrumento de salvación: “Lavaos, limpiaos, quitad vuestras fechorías de delante de mi vista, desistid de hacer el mal, aprended a hacer el bien, buscad lo justo, dad sus derechos al oprimido, haced justicia al huérfano, abogad por la viuda” (vv. 16-17). Quien hace lo que Dios pide se le promete que sus pecados serán borrados, olvidados, su alma quedará blanca como la nieve (v.18). La invitación “si aceptáis” es un acto de fe

abandono en la voluntad de Dios, que se le pide a los hombres, y disfrutarán de los bienes de la tierra, lo contrario, será sufrir una derrota respecto de los asirios que acechan el territorio y una clara rebelión contra Dios (v.19). Si obran bien serán bendecidos comerá de la tierra, si no lo hacen, sentirá el peso de la palabra de Dios, como espada penetrante, será el castigo a su comportamiento. Cada parte debe situarse desde la sinceridad frente a la alianza, Yahvé conserva su fidelidad, ahora le corresponde al pueblo dar su respuesta. En diversas ocasiones Jesús reprochará (cfr. Mt.23), en línea profética, la hipocresía de los escribas y fariseos.

b.- Mt. 23,1-12: No hacen lo que dicen.

Este evangelio tiene dos partes: en la primera encontramos una dura crítica de Jesús contra la hipocresía de los escribas y fariseos (vv. 1-7); la segunda es la enseñanza de Jesús a sus discípulos para ser verdaderos creyentes en Dios (vv.8-12). Jesús dirige su mensaje ahora a la multitud reunida en el templo de Jerusalén. El primer legislador de Israel es Moisés, luego encontramos la tradición de los antepasados, o sea la interpretación, que se va ir acumulando con el correr de los siglos. En tiempos de Jesús, son los escribas y doctores de la Ley los encargados de enseñar y proteger la Ley de Moisés. Quien cumplía la función docente se sentara en la cátedra de Moisés, desde ahí daba a conocer la voluntad de Dios que la ley expresaba. Lo que hace Jesús, es criticar la práctica de la religión (cfr. Lc. 6, 1-18), la falta de unidad entre la enseñanza y las obras, esa falta de unidad es hipocresía: *“Haced, pues, y observad todo lo que os digan; pero no imitéis su conducta, porque dicen y no hacen.”* (v.3; Mt.15,1-14; 16,16; 23,16-22). Hay una contraposición entre el decir y el hacer. Jesús se detiene en lo que no deben imitar sus discípulos y el pueblo: *“Atan cargas pesadas y las echan a las espaldas de la gente, pero ellos ni con el dedo quieren moverlas. Todas sus obras las hacen para ser vistos por los hombres; se hacen bien anchas las filacterias y bien largas las orlas del manto; quieren el primer puesto en los banquetes y los primeros asientos en las sinagogas, que se les salude en las plazas y que la gente les llame “Rabbi”* (vv.4-7, Mt.6,1-18; 11,25-30).

La crítica de Jesús pasa de la práctica, a la doctrina. El origen de todo esto es la vanidad y la ambición, lo que invalida sus obras ante Dios (vv. 5-7). Descubierta la incoherencia de los escribas y doctores, Jesús advierte a los suyos de estar alertas. En esta segunda parte, el discurso se dirige a los discípulos: “Vosotros” (v.8). Los tres “no” tienen una razón cristológica que busca la unidad. No deben considerarse maestros, porque habrá un único Maestro, que es ÉL (v. 8); a nadie llamar padre, porque hay un solo Padre, el del cielo (v.9); habrá un solo Instructor, Cristo (v.10). La segunda razón “vosotros sois hermanos” (v.8). Esto se comprende mejor así: el mayor en la comunidad, será el que sirve a sus hermanos, se hace grande a los ojos de Dios, porque se hace servidor de sus hermanos (v.11; Mt.18,21,26-28). Síntesis con una lógica distinta: “Quien se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado” (v. 12).

Mientras las palabras de Jesús humillan a los escribas y doctores de la ley, los servidores de sus hermanos, los humildes, serán enaltecidos, el día del Juicio final. Es entonces, cuando se descubrirá quienes sirvieron a Dios, y al prójimo por amor al Señor Jesús, o con espíritu de vanidad en su Iglesia.

Santa Teresa, mujer cuya entereza moral y espiritual se funda en la fe cristiana, une admirablemente la vida de oración con vivir en la verdad que es Cristo y el servicio al prójimo en clave contemplativa como carmelita. "Quienes de veras aman a Dios, todo lo bueno aman, todo lo bueno quieren, todo lo bueno favorecen, todo lo bueno loan, con los buenos se juntan siempre y los favorecen y defienden; no aman sino verdades y cosa que sea digna de amar. ¿Pensáis que es posible, quien muy de veras amar a Dios, y amar vanidades? Ni puede, ni riquezas, ni cosas del mundo, de deleites, ni honras, ni tiene contiendas, ni envidias; todo porque no pretende otra cosa sino contentar al Amado. Andan muriendo porque los ame, y así ponen la vida en entender cómo le agradarán más." (Camino de Perfección 40,3).

MIERCOLES

Lecturas bíblicas

a.- Jer.18,18-20: Complot contra el profeta Jeremías. Confesiones.

El texto del profeta narra la conspiración contra él, es el enemigo en acción. A pesar de todo sigue intercediendo por Israel, incluso por sus enemigos (cfr. Jr.5, 20-25; 8,18-23; 10, 23ss), que confabulan un nuevo complot (cfr. Is. 11,18-20; 15,1ss; Sal. 34,7.12). Quieren quitarle de en medio, verse libres de sus acusaciones que consideran inoportunas. Es su predicación la que provoca esta situación, hombre de discordia en todo el país (cfr. Jr. 11, 18-23; 15,10). ¿Quiénes le acusan? Las instituciones de Israel: sacerdocio, sabios y falsos profetas, que guardan sus apariencias. Los sacerdotes a quienes, juntos con los sabios, les tocaba la aplicación de la Ley a la vida del pueblo, no lo hacían alejados de su tarea y vocación y que el profeta había denunciado (cfr. Is. 1,9; 8,8-10; 20,8-9; 59,21; Ex. 24,7; 2Sam 23,2; Ez. 44, 33). Su predicación era una blasfemia contra la enseñanza tradicional confirmada por Isaías y la historia: la inviolabilidad de Sión, y del Templo. La acusación contra el profeta consistía en haber predicho la ruina de Israel y del templo, lo que era inaceptable, respecto a las promesas divinas: no podían desaparecer la Ley en la enseñanza del sacerdote, como el consejo del sabio y la voz del profeta (v.18). La intención de sus enemigos es acusarle de sacrilego puesto que predicaba contra la nación, el pueblo elegido de Dios. La opinión pública condena al profeta, que desconfía de la providencia de Yahvé sobre su pueblo. Jeremías se ve sólo, indefenso, su refugio es Yahvé, cuyo apoyo le ha sido prometido y renovado (Is.1,8). Esta es verdadera oración de un afligido, vive el abandono, la soledad. Sabe que las instituciones, son expresión de la voluntad de Dios, Jeremías no las ataca, pero sí su desempeño. Sólo Dios sabe cómo ha

orado por ellos, ha suplicado alejar de ellos, la inminente ira divina, y así y todo, es acusado de traidor y sacrílego (vv.19-20). Es la tragedia íntima de Jeremías, que tiene que anunciar una palabra que nadie quiere escuchar, porque hay intereses creados de personas e instituciones. Jeremías, como Jesucristo, más tarde, es el ejemplo del profeta y justo doliente; también el Mesías será acusado de sacrílego (cfr. Mt. 12, 14). Jeremías es prototipo de Jesús, el Mesías doliente.

b.- Mt. 20,17-28: Tercer anuncio de la pasión.

Este evangelio nos presenta el tercer anuncio de la pasión de Jesús (vv.17-20), la petición de la madre de los Zebedeos (vv. 20-23), y finalmente, el precepto para la autoridad en la comunidad eclesial (vv.24-28). El anuncio de la pasión, por parte de Jesús es no para el pueblo, sino para los apóstoles (v.17). Este anuncio es el más explícito de los anteriores (cfr. Mt. 16, 21; 17,22), es la vía hacia la consumación: será entregado a los judíos, sumos sacerdotes y escribas, y a los gentiles, lo condenarán a muerte, y los paganos se burlarán de Él, lo azotarán y crucificarán, para el tercer día resucitar. Esa entrega del Hijo por parte del Padre, y de los sumos sacerdotes a los gentiles, habla de la iniciativa divina y no de una casualidad histórica. Al mismo tiempo, se muestra la responsabilidad de los hombres ya que esa muerte no era ni buscada ni querida, sino fruto del rechazo. Lo que no saben los enemigos de Cristo, que Aquel que comenzó su obra de entregarlo, la culminará con otra: resucitarlo.

A este tercer anuncio, la respuesta que Jesús encuentra, es la petición de la madre de los hijos de Zebedeo. Mientras el Mesías piensa en el dolor y humillación de la pasión, ellos piensan en honores, sentarse a la diestra y siniestra de Jesús, en el Reino de los Cielos; ÉL va al encuentro de la Cruz, en cambio, ellos piensan en un trono de gloria; mientras Jesús piensa desde su condición de Hijo de Dios, ellos piensan como hombres ambiciosos; la recompensa la ven como fruto de su esfuerzo, para Jesús es premio otorgado a la fidelidad. La madre se postra antes de hacer su petición, quiere que Jesús se dirija a sus hijos (Mt. 27,56). “Replicó Jesús: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa que yo voy a beber?» Dícenle: «Sí, podemos.” (v.22). Es verdad, están dispuestos a beber el cáliz, lo dicen con cierta arrogancia. Jesús, está por beber el cáliz de la amargura, primero con rechazo, luego obedece al Padre, acepta su voluntad (cfr. Mt. 26, 29). Los hermanos aceptaron quizá, valientemente el desafío, sin conocer el verdadero contenido de ese cáliz. Si bien seguirán el mismo destino de Cristo, su petición no le corresponde a ÉL concederla (cfr. Mt. 19, 28). La reacción de ira de los otros discípulos contra los dos hermanos, significa que simplemente también ellos querrían esos puestos, y la disputa de quién era el mayor no había terminado (cfr. Mc. 9, 33).

Jesús, nuevamente los instruye, estableciendo una comparación entre la autoridad que se ejerce en las naciones y la que quiere para ellos. Contrapone a los jefes y grandes con el servidor y esclavo. Los primeros tiranizan y oprimen con su autoridad (v.25), la autoridad entre sus discípulos será servicio al hermano (vv.26-27). Toda esta enseñanza tiene su en la vida de Jesús, desde su Encarnación hasta su muerte en cruz, es un servicio a la

humanidad. El Hijo del hombre es el primero en cumplir esta ley del servicio al prójimo: no ha venido para que le sirvan sino a servir y dar la vida en rescate de muchos (v.28). Su venida desde el Padre, su palabra tiene esta misión: su voluntad es servir hasta el final. El discípulo tiene un modelo excelso en su Señor, lo mismo la Iglesia, don de su amor al mundo. El ritmo cuaresmal nos introduce en la dinámica del discipulado, del servicio y del amor.

Santa Teresa nos invita a tener ánimo para superar los trabajos que supone ser discípulo de Cristo. "Tengo para mí que quiere el Señor dar muchas veces al principio, y otras a la postre, estos tormentos y otras muchas tentaciones que se ofrecen, para probar a sus amadores, y saber si podrán beber el cáliz y ayudarle a llevar la cruz, antes que ponga en ellos grandes tesoros. Y para bien nuestro creo nos quiere Su Majestad llevar por aquí, para que entendamos bien lo poco que somos; porque son de tan gran dignidad las mercedes de después, que quiere por experiencia veamos antes nuestra miseria, primero que nos las dé." (Libro de la Vida 11,11).

JUEVES

Lecturas bíblicas

a.- Jer. 17,5-10: Bendito quien confía en el Señor.

En la primera lectura, Jeremías medita en máximas de sabiduría, con el espíritu sapiencial, propio de los sabios de Israel (cfr. Sal.1, 16). Encontramos dos partes bien diferentes: en la primera se inculca la verdadera justicia, sabiduría (vv.5-8), y en la segunda (vv.9-10), se trata de responder una interrogante acerca de la aparente dificultad entre ser fiel y feliz. En la primera parte encontramos el paralelismo antitético, realzar una verdad y presentar una idea contraria. El pueblo de Israel está confiando más en los pactos políticos que en la alianza con el Señor, lo que traerá en definitiva su ruina (cfr. Jr. 2,18; 30,1ss; 19,10-11). La clave está en descubrir si la vida del hombre se apoya en la carne, lo terreno, o en Dios sin medida (cfr. Sal. 30,5). "Maldito quien confía, en el hombre, en la carne" (v.5), entendido como debilidad, contingencia e impotencia. Quien así obra se parece a esos arbustos crecidos en las estepas de Israel, que crecen, son raquíticos, sin follaje, ni flor ni fruto, pues les falta lo vital: el agua. Son como pozos secos y cisternas agrietadas; es la imagen del hombre abandonado a sus propias fuerzas (v.6; cfr. Jr. 2,13). El hombre que pone su confianza en el Señor, que es como árbol plantado junto a las acequias, cuyas raíces llegan al caudal, lo que lo hace frondoso, fecundo tanto en tiempo estival, como en la sequía. El profeta encuentra sus razones tomadas de la realidad que vive, para enseñar que la vida verdadera sólo se encuentra si se participa en la de Dios. La confianza, modela el corazón del hombre. Cuando Dios lo escruta, retribuye según las obras con generosidad (cfr. Jr.2,20; Sal.61,13; Mt.16,27). En la segunda parte, el profeta se pregunta: "El corazón es lo más retorcido; no tiene arreglo: ¿Quién lo

conoce?" (v.9). Ahí encuentra el profeta, en el corazón del hombre y sus entrañas la raíz de todos los males. Sólo Dios penetra el corazón del hombre, lo sondea hasta lo más íntimo, con lo que deja en claro que el propio Jeremías no se conoce. Sólo Dios puede dar la recompensa como se merece a cada hombre, porque lo conoce desde lo interior, aunque esto el hombre no lo pueda comprender. De ahí que para Jeremías, lo más importante a la hora de contemplar al hombre respecto a Yahvé, es su interioridad, de donde nacerá el sentido y valor de su religión.

b.- Lc. 16,19-31: El rico epulón y Lázaro, el pobre.

Este texto nos presenta a un rico y un pobre en esta vida (vv.19-21), ambos mueren: Lázaro en el seno de Abraham y el rico atormentado en el Hades (vv.22-26); petición de aviso a la familia del rico y respuesta de Abrahán (vv.27-31). El evangelista, nos introduce en su discurso contra las injusticias de los ricos, que lo pasan bien, y la esperanza de los pobres que lloran su desgracia (cfr. Lc. 6, 20ss). Se pasa, de la amonestación a los poderosos, al consuelo para los desheredados. Recordemos que el evangelio de Lucas es un pregoneo de la pobreza, como actitud esencial de quien busca el encuentro con Dios, el discípulo debe dejarlo todo para seguir a Jesús (cfr. Lc. 2, 41; 5, 2. 28; 6, 24s; 12,15. 33). El rico y Lázaro representan dos actitudes ante la vida, que sin embargo, cambian ante el Juicio de Dios. La riqueza es una bendición en el AT; el rico no desprecia al pobre Lázaro, no le ve. El rico, come y bebe espléndidamente, todos sus días son de fiesta, viste de lino finísimo (cfr. Lc. 12, 19). En cambio, el pobre Lázaro, cubierto de llagas, sufre hambre, echado en el portal del rico, come las migajas que caen de su mesa. Lleva su dolor con paciencia, confiando en Dios; su dolor en sí mismo es una súplica que llega a la presencia de Dios (cfr. Lc. 12,16-21). Mientras el rico vive, como si Dios no existiera, no lo ve ni a ÉL, ni a Lázaro; su riqueza es su ceguera. Si no está Dios, tampoco Moisés ni los profetas, muchos menos Lázaro. Si bien mueren ambos, el rico y el pobre, las diferencias persisten; mientras el pobre los ángeles lo llevan al seno de Abraham o a reunirse con sus padres (cfr. Gn.15,15; 47,30; 31,16; Jc.2,10), el rico fue sepultado en el infierno (v.22). El rico va al hades, lugar de los muertos, lugar de tormento y sed, mientras que Lázaro, entra al seno de Abraham, lugar de gozo sempiterno, al banquete celestial (Mt.8,11). El que sufrió, ahora goza sentado en la mesa del banquete celestial, en cambio, el que gozó en esta vida ahora sufre sed y pide a Abraham mande a Lázaro le moje la lengua (v.24). ¿Por qué sufre el rico? ¿Por qué goza el pobre? Ni la pobreza ni la riqueza, es causa de tan distinto destino. El rico sufre, porque no escuchó la palabra de Dios, su riqueza lo volvió insensible al dolor ajeno, ciego para no ver ni a Dios ni la vida eterna. Lázaro goza, porque puso su esperanza en Dios Padre, en sus promesas, en su palabra. El rico desesperado pide a Abraham, enviar a Lázaro a avisar a sus hermanos, cuál es el destino de quien olvida a Dios y al prójimo (v.27; cfr. Rm. 15,4). En Moisés y los profetas, nos expresó Yahvé su voluntad, palabra que nos ilumina, nos comunica la vida verdadera, nos amonesta, nos guía para alcanzar la vida eterna, y no caer en la perpetua perdición (v. 31; cfr. 2 Pe. 1,19). El que escucha a Jesús, y pone en práctica su palabra, no se condena, porque el anuncio de su pasión, muerte y Resurrección, es

invitación a la conversión y penitencia (cfr. Hch. 2, 37ss). A ricos y pobres se nos pide la conversión permanente a Dios, fruto de ese cambio de vida, es el amor al prójimo. Esta Cuaresma, es momento de gracia (cfr. Lc. 3, 10; Is. 58, 6; Sant. 2, 5. 6. 12), para revisar nuestros compromisos de fe y caridad.

Santa Teresa tiene una máxima que le define, su famosa letrilla, que termina diciendo: "Sólo Dios basta". En el libro de la Vida canta la riqueza de haber optado por Dios en la vida religiosa: "¡Qué rico se hallará el que todas las riquezas dejó por Cristo! ¡Qué honrado el que no quiso honra por El, sino que gustaba de verse muy abatido! ¡Qué sabio el que se holgó de que le tuviesen por loco, pues lo llamaron a la misma Sabiduría! ¡Ya, ya parece se acabaron los que las gentes tenían por locos, de verlos hacer obras heroicas de verdaderos amadores de Cristo! ¡Oh mundo, mundo, cómo vas ganando honra en haber pocos que te conozcan!" (Libro de la Vida 27,13-14).

VIERNES

Lecturas bíblicas

a.- Gén. 37, 3-4. 12-13. 17-28: José, es vendido como esclavo.

La primera lectura, nos habla de cómo la providencia de Dios ordena la historia de los hombres, incluso los menos afortunados, para su economía de salvación. José, uno de los hijos de Jacob, su predilección por él, es causa de envidia de sus hermanos mayores, sobre todo cuando recibe una túnica, signo de distinción (cfr. Gn.37, 3-4). Jacob mandó a José a ver como estaban sus hermanos con los rebaños a Siquén hasta que los encuentra en Dotán, cuando lo ven venir de lejos planean matarlo. Mientras unos quieren lanzarlo acabar con él, Rubén decide lanzarlo a un pozo seco, finalmente es Judá quien propone venderlo como esclavo a los madianitas, mercaderes que iban camino a Egipto. Lo vendieron por veinte monedas de plata. Dios en este relato no habla, pero se hace presente en sueños, y José sabe interpretarlos, y las acciones que desencadenan muestran su intervención. Esto le da al relato un sentido providencial y un trasfondo teológico. La preferencia de Jacob, por José, el hijo de la esposa más querida, Raquel, fuente de conflicto, al punto de aborrecer a José por parte de sus hermanos. Encontramos también la idea de la preferencia de Yahvé por los pequeños, los menores, como Abél sobre Caín, Jacob sobre Esaú, José por sobre sus hermanos. Pero Dios se sirve de todas estas circunstancias para exaltar a Egipto, puesto que más tarde será el que los salve de la hambruna (cfr. Gn.50, 20). Es en Egipto, donde las tribus de Israel, encontraron una tierra que los alimentó, cuna del pueblo de Dios, todo por bondad de José. La mano de Dios guía su destino y el de su pueblo.

b.- Mt. 21, 33-43. 45-46: Parábola de los viñadores homicidas.

Esta parábola tiene tres momentos: envío de los siervos y del hijo a recoger los frutos (vv.33-39); explicación de la parábola (vv.40-44), y la reacción de los sumos sacerdotes y fariseos (vv.45-46). La parábola de los viñadores homicidas, que matan al hijo del dueño de la viña, tiene como trasfondo la alegoría de la viña del profeta Isaías (cfr. Is. 5, 1-7). De algún a manera, Jesús piensa en el profeta, cuando propone su parábola a las autoridades del templo sumos sacerdotes y ancianos; en ambos casos la viña está en óptimas condiciones, para una cosecha abundante. Israel es la viña y Dios es su dueño. En esta parábola la novedad está en que la viña es arrendada y el dueño se ausenta. El dueño envió a dos veces a sus siervos para recoger los frutos de parte de los labradores, todos sufrieron vejaciones incluso la muerte. Aquí se vislumbra la historia de los profetas enviados por Dios, que sin obtener los frutos han sufrido violencia (Jr.7,25-26;2Cro.37,15-16). El tercer enviado es el hijo: “A mi hijo le respetarán.” (v.37), pensó el dueño; en cambio los labradores dijeron: “Al ver al hijo, se dijeron: “Este es el heredero. Vamos, matémosle y quedémonos con su herencia.” (v.38). El hijo termina fuera de la viña, donde le dan muerte los labradores homicidas (v. 39). Velado anuncio de la pasión. Jesús pregunta a sus interlocutores: “¿Cuándo venga, pues, el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores? Dícenle: A esos miserables les dará una muerte miserable arrendará la viña a otros labradores, que le paguen los frutos a su tiempo.” (vv.40-41). Evoca la respuesta de David a Samuel (2Sam.12,1-7). Jesús presenta la suerte del hijo recordando el Sal.118, se identifica con dicha piedra: “¿La piedra que los constructores desecharon, en piedra angular se ha convertido; fue el Señor quien hizo esto y es maravilloso a nuestros ojos?” (v.42; Sal.118,22-23; Mt.21,9). De la parábola, Jesús pasa a lo real y les dice a los dirigentes: “Se os quitará el Reino de Dios para dárselo a un pueblo que rinda sus frutos.” (v.43). Ese pueblo hace referencia a los gentiles; el dar, apunta a los frutos, de quienes obedecen la voluntad de Dios. Jesús nuevamente habla de la piedra desechada, y el destino de quienes se oponen a su destino: será piedra de tropiezo y acabará con ellos (v.44; Dn.34.44s). Los dirigentes caen la cuenta que hablaba de ellos, quieren apresarle, pero el temor lo detiene. El Padre, no abandona su viña; Cristo, es la piedra angular, donde se levanta nuestra fe cristiana, su Iglesia, la nueva viña en la que trabajamos y cosechamos los frutos que el Padre espera. Al histórico Israel, le sucede el Israel de Dios (cfr. Gál. 6, 16). Los cristianos, nuevos administradores de la viña, con la vivencia sacramental, Reconciliación y la Eucaristía, dan frutos de santidad.

La Santa Madre Teresa, nos habla de cómo Dios visita al alma en la oración, fruto de su deseo de unirla a Sí. Dios visita su viña es decir el alma para regocijarse en el jardín de las virtudes, que el alma al sol de la gracia, hace geminar por doquier. “Cuando no nos damos a Su Majestad con la determinación que Él se da a nosotros, harto hace de dejarnos en oración mental y visitamos de cuando en cuando, como a criados que están en su viña; mas estotros son hijos regalados, ni los querría quitar de cabe sí, ni los quita,

porque ya ellos no se quieren quitar; siéntalos a su mesa, dales de lo que come hasta quitar el bocado de la boca para dárselo. (Camino de Perfección 16, 4-5)

SABADO

Lecturas bíblicas

a.- Miq. 7, 14-15. 18-20: Llamada al perdón de Dios.

El final del libro de Miqueas, es una oración contra las naciones (vv.14-17), y una llamada al perdón (vv.18-20). Es el salmo de un pueblo pobre, que ha regresado del exilio y está en Jerusalén. Se da un espíritu de humildad, tras la experiencia del exilio, pero de una religión hecha de fe y de confianza en Yahvé. Encuentran problemas para asentarse en la tierra de sus antepasados, el rebaño está disperso, permanece el resto, se ha iniciado su salvación pero en una tierra pobre (cfr. Miq. 4, 6-8); por eso piensan en la fertilidad de otros tiempos de Basán y Galaad (v.14). Quieren recuperar las tierras del Carmelo, de Bassán y Galaad, porque son fértiles, y de buenos pastos para sus rebaños. Así como había actuado en Egipto, con brazo poderoso y mano extendida, también hoy, se necesita una intervención parecida, en este nuevo éxodo de su pueblo. Se espera en el pastoreo de Yahvé como en el éxodo, en su cayado como Pastor y Mesías, el regirá a su pueblo como Dios (cfr. Ex. 34,11; Sal. 76, 21; 77, 52; Is. 63, 2-14; Ez. 34, 23-31; Miq.5,3). Se saben heredad de Yahvé, su propiedad que se escogió de entre muchos pueblos, ellos verán las acciones que hará en favor del rebaño de su heredad (vv.16-17). En un segundo momento encontramos oráculos donde se impetra de Yahvé el perdón y absolución del pecado. Israel sabe que el único camino de conseguirlo es la confianza de un corazón humilde, sabe que lo propio de Yahvé es la misericordia y el amor que perdona siempre (cfr. Ex.34, 6-7; Sal.102, 2-14). El pueblo confía en la misericordia divina y arroja los pecados en el mar, no porque el pueblo lo merezca sino por su amor misericordioso. El profeta ve en el pecado, la causa de separación de su pueblo con Dios; no habrá amistad, sin borrar el pecado de la sociedad. Dios es fiel a su palabra dada a Jacob y Abraham; la salvación de Israel es el cumplimiento de la Alianza y la Promesa, fundamento de toda la esperanza, artículo primero de la fe del Pueblo de Dios.

b.- Lc. 15, 1-3. 11-32: Parábola del hijo pródigo.

La página evangélica consta de varios momentos: Jesús es escuchado por publicanos y pecadores (vv.1-3); la marcha del hijo menor, su vida disoluta, conversión y regreso a su padre (vv.11-24); reacción del hijo mayor (vv.25-32). En esta parábola se presenta el proceder de Dios con los pecadores. Veremos cómo Dios no sólo espera, sino que busca al pecador; pero también encontramos una crítica al hombre satisfecho de sí mismo. Se trata, de un padre rico con dos hijos solteros, que lo tienen todo para ser feliz (cfr. Si.30,20-24). El menor ruega a su padre, que le entregue la herencia, quiere autonomía de su familia y se marcha al extranjero (Dt. 21,17). Este hijo no conoce realmente a su

padre, irse de casa es también una búsqueda. Fuera de su casa, gasta todo en una vida de libertinaje y despilfarro (cfr. Prov. 29, 3). Vine la carestía y el hambre sobre aquella región, pide trabajo a un pagano: lo manda a cuidar cerdos, (cfr. Lev.11, 7; Dt. 14,8; 1Mac.1,47; Prov. 23,21; Is.65,4). El joven quería comer las algarrobas que comían los cerdos, se considera que vale menos, que esos animales, es un extranjero. El hambre trae consigo el recuerdo de la casa paterna, el pan que comen los jornaleros de su padre; ni Dios ni su familia son lo que lo mueve a recapacitar, pero entra dentro de sí mismo; desea salir con vida de esa situación. Quiere el perdón de su padre “Padre, pequé contra el cielo y ante ti, no merezco ser llamado hijo tuyo” (v. 21; cfr. Ex. 10, 16; Sal. 51, 6). La imagen del padre amoroso terreno lo lleva a Dios, nace en él la seguridad del perdón (cfr. Jr. 3, 12ss). El padre, profundamente conmovido (v.20), y las palabras de arrepentimiento del hijo producen el encuentro reconciliador. El padre lo recibe, no le reprocha nada, le devuelve su dignidad de hijo, sus derechos. Hay que hacer fiesta, comer y beber porque el hijo ha regresado vivo y ha sido hallado (vv.23-24). Sin embargo, la actitud del padre escandaliza al hijo mayor el “justo”, se comporta en todo, como un justo, un piadoso judío, como fariseo... (cfr. Lc. 15, 2). Se niega a ingresar a la celebración, porque el justo que es él ha sido olvidado, y la alegría de la fiesta, es por un pecador arrepentido. El padre justifica su proceder: ha recobrado al hijo perdido con vida, motivo de fiesta y alegría. ¿Aprecia de verdad el hijo mayor, todo lo que ha recibido de su Padre? Tiene su amor, ha vivido una intensa comunión con él, tiene como herencia todo lo que posee el padre. ¿Qué pierde él con que su padre sea bondadoso? Nada. “Tú siempre estás conmigo” (v. 31). El hijo mayor ha servido al padre con espíritu de siervo y no de hijo. En la nueva economía, Jesús restaura la Antigua y la Nueva la sella con su sangre (cfr. Lc. 22, 20; Jr. 31, 34). Hay que “hacer fiesta y alegrarse” (v. 32). El amor, ahora es el núcleo de la nueva economía, de la ley y de la voluntad de Dios expresada en la palabra de Jesús. Dios es glorificado con las obras de amor y misericordia. Ambos hijos necesitan experimentar estas realidades donde se encuentra el inicio del Reino de Dios y de la salvación.

Santa Teresa de Jesús nos pide que si rezamos el Padre Nuestro consideremos lo mucho que nos da el Señor Jesús en sus primeras palabras. Une oración y conversión a Dios y a los hermanos: “¡Oh Hijo de Dios y Señor mío!, ¿cómo dais tanto junto a la primera palabra? Ya que os humilláis a Vos con extremo tan grande en juntaros con nosotros al pedir y haceros hermano de cosa tan baja y miserable, ¿cómo nos dais en nombre de vuestro Padre todo lo que se puede dar, pues queréis que nos tenga por hijos, que vuestra palabra no puede faltar? Obligáisle a que la cumpla, que no es pequeña carga, pues en siendo Padre nos ha de sufrir por graves que sean las ofensas. Si nos tornamos a Él, como al hijo pródigo hanos de perdonar, hanos de consolar en nuestros trabajos, hanos de sustentar como lo ha de hacer un tal Padre, que forzado ha de ser mejor que todos los padres del mundo, porque en Él no puede haber sino todo bien cumplido; y después de todo esto hacemos participantes y herederos con Vos.” (Camino de Perfección 27,2).

P. Julio González C.

Pastoral de Espiritualidad Carmelitana